

habian perseguido las piedras y la espada. Y finalmente, la Inglaterra es arrebatada á la incredulidad, ella que fué la primera que la habia cubierto con la proteccion de sus lores y de sus talentos.

Si miramos luego á la Francia, sin duda no observaremos en ella con la misma plenitud los signos de una vuelta á la fe. Sin embargo, ninguno de vosotros que sepa lo pasado y lo presente, comparará entre sí las dos situaciones. En el siglo último, la incredulidad era dueña absoluta de los espíritus; ella sola regía la pluma y hablaba con elocuencia; sus libros eran acontecimientos públicos, sus hombres grandes marchaban al igual de las antiguas familias de la monarquía y se correspondian familiarmente con todos los reyes de Europa; una conjuracion flagrante y sin contrapeso elevaba hasta el cielo toda injuria contra Jesucristo. ¿Nos hallamos en este caso, señores, á la hora en que os hablo? ¿No tiene Jesucristo entre nosotros sus escritores, sus oradores, su partido, su juventud, su gloria? Y si bien subsiste la incredulidad, ¿no sabemos hacerla bajar la cabeza, y marchar en la fuerza de nuestra alma, contra sus triunfos envejecidos y sus esperanzas tan mal justificadas? Así es, señores; la palabra de orden de la fe, en lo que tiene de mas militante, parte de Francia: nuestros misioneros, nuestras hermanas de Caridad, nuestros hermanos de las escuelas cristianas la llevan hasta las extremidades del mundo; y todo el que ama á Jesucristo en la tierra, pone su mano en nuestro corazon para reconocer en él las pulsaciones de la fe y dar gracias al Dios que hiere y que cura.

No diré nada de Alemania; no hay duda que permanece siendo, aunque con algunas modificaciones, el foco de la guerra contra Jesucristo. Allí van nuestros incrédulos á pedir las armas que les niega mas y mas el genio de Francia; pero la caída es grande, y el rayo que sale de las nubes del Rhin no está destinado á hacer las mismas heridas que las dos lenguas de Inglaterra y de Francia, cuya futura alianza en provecho de la Iglesia y de Jesucristo predecia el gran conde de Maistre, hace mas de un cuarto de siglo.

Sin embargo, señores, no nos contentemos con probar por los hechos la disminucion progresiva de las fuerzas de la incredulidad; tratemos de descubrir sus causas, á fin de llegar á conclusiones que pueden abrazar tanto lo futuro como lo pasado.

Dios, pues, testigo del oscurecimiento de las inteligencias, ha tomado con su mano tres soles, y los ha hecho levantar poco á poco sobre el horizonte de la Iglesia: el sol de la historia, el sol de la ciencia, y el sol de la libertad. Conocióse mal la historia; gran des

trabajos, ayudados por grandes revoluciones sociales, han aclarado sus oscuros misterios; y Jesucristo, calumniado en las obras de su Iglesia, ha vuelto á tomar en las realidades del mundo un puesto que se habia querido deshonrar. Mientras volvia á él la historia por los trabajos de los protestantes y de los incrédulos, tanto como por los de los católicos, la ciencia no le servia con menos justicia y fidelidad. Si profundizaba en las entrañas de la tierra, encontraba allí la primera página de Moisés; si penetraba en lo interior de los templos y de las necrópolis del Egipto, descubria allí los puntos de contacto de la historia egipcia con la del pueblo de Dios; si conseguia descifrar la lengua de los geroglíficos, estos signos restituidos á la vida de su expresion daban testimonio á la novedad del mundo comprometida por cálculos astronómicos; si examinaba ruínas é inscripciones, estas ruínas é inscripciones hablaban en favor nuestro; la naturaleza, escudriñada en todos sentidos, despedia por todos sus poros un sonido cristiano, como si hubiera sido creada ó se-ducida por Jesucristo.

La libertad nos prestaba tambien en su empleo señalados servicios. Desataba en parte las ligaduras con que la incredulidad habia cargado á la Iglesia por mano de los reyes, y permitia á Jesucristo recobrar el cetro de una palabra debilitada sobrado tiempo por un respeto que no era ya merecido.

Sin embargo, señores, la incredulidad ha recibido un golpe mas profundo aún que todos estos. Porque las causas que acabo de enumerar no obran sino en las clases elevadas del mundo; no tocan al corazon del género humano, y este golpe céntrico es necesario á toda grande accion. El centro del mundo, el corazon del género humano, es el pueblo. Era, pues, necesario que el pueblo tuviera un signo contra la incredulidad, y hásele dado este signo para que nada faltase á las causas de salvacion que Dios nos prepara. ¿Qué signo, pues, ha tenido el pueblo? ¿Qué signo, señores? Vedlo aquí: el alma y el cuerpo del pueblo no han ganado nada con la incredulidad, y el pueblo lo ha conocido. El pueblo tenia un Dios en el cielo; cuando la tierra para él tan ingrata le encorbaba demasiado, se levantaba con las manos juntas, y apelando á Dios de su miseria presente, sentia venir á él la dignidad y el consuelo. El pueblo tenia un Dios no solamente en el cielo, sino mas cerca de sí; un Dios que se habia hecho hombre y pobre, que habia nacido en un establo, cuyo cuerpo dormia sobre paja y que sufrió en vida mas que él. El pueblo tenia un Dios, no solamente en el cielo, no solamente

en su carne y en su pobreza, sino un Dios en esa misma cruz que el pueblo lleva; y cuando se miraba, tendidos ambos brazos en su suplicio, hallaba á su derecha á su Dios crucificado por él y haciéndole compañía. El pueblo tenía un Dios, no solamente en el cielo, no solo en la carne y en su pobreza y en su propia cruz, sino un Dios que estaba vivo en la Iglesia para enseñarle, defenderle y consolarle; tenía un Dios que vivía en el sacerdote para recibir los secretos abrumadores de su corazón; tenía un Dios que vivía en la hermana de la Caridad para curar sus piés cuando no podían moverse, y para honrar su alma en las angustias de su cuerpo. El pueblo tenía un Dios en el cielo y en la tierra; vosotros le habeis quitado el Dios del cielo, y no le habeis guardado el Dios de la tierra. ¿Y qué habeis puesto en su lugar? ¿Qué otro Dios le habeis hecho? Ah! mal digo; le habeis dado por Dios la duda, y por diosa la negación. Le habeis dicho: Tal vez! Y pareciéndoos que esto era demasiado, habeis continuado con autoridad y habeis dicho: No! ¿De qué se queja pues? No tiene ya Dios, ni Cristo, ni Evangelio, ni Iglesia; pero os tiene á vosotros, y con vosotros á los gusanos que le han puesto en el mundo, y á los gusanos que han de comer su cadáver. ¿No basta eso para satisfacer á una alma?

Quizá no pudiendo soportar vosotros mismos el espectáculo de esta expoliación implacable ejecutada con vuestras manos, os volveréis hácia el cuerpo del pueblo, y le ponderareis el bienestar que os debe en cambio de la vida moral. Ah! ya os esperaba aquí! ¡El cuerpo del pueblo! ¿Pero no oís el ruido de Manchester, de Birmingham, de las Flandes, ese alarido, no de la pobreza y la miseria, que estas son palabras y cosas de otros tiempos, sino el grito del pauperismo, es decir, el grito de la miseria elevada al estado de sistema y de poder, y que sale, por una maldición no esperada, del desarrollo mismo de la riqueza? La economía política de la incredulidad ha sido aplanada por los hechos en todos los teatros de la industria y de la autoridad humana, y lucha contra estos resultados tan terribles como imprevistos; pero es la hidra de Lerna, entre los brazos de Hércules: el golpe que ha recibido es un golpe mortal, porque se lo ha dado la mano del pueblo!

En una palabra, el alma y el cuerpo del pueblo nada han ganado con la incredulidad, y hoy 20 de diciembre de 1846, antevíspera del nacimiento conmemorativo del Hijo de Dios en la tierra; lo sabe el pueblo.

Pero si nada habeis hecho aun por el alma y el cuerpo del pue-

blo, acaso establecereis al fin una doctrina en lugar de la doctrina de Cristo. Debo quitaros esta última esperanza, y probaros, aun sin apoyarme en la inutilidad de vuestros esfuerzos anteriores, que os es imposible fundar una doctrina. En efecto, la incredulidad descansa en dos principios generales; el primero es este: el hombre no debe creer en el hombre, porque todo hombre vale tanto como otro, y nada hay mas precioso que la independencia del espíritu.

Vuestro segundo principio es este: el nombre no debe creer en Dios, porque Dios no habla al hombre. Pero si el hombre no debe creer en el hombre ni en Dios, ¿en quién deberá creer? A esto respondeis: En sí mismo y en sí solo. Pero donde nadie cree mas que en sí mismo, no hay discípulos; donde no hay discípulos, no hay maestro; donde no hay maestro, no hay unidad; donde no hay unidad, no hay doctrina. No fundareis, pues, una doctrina, aunque tuviérais ante vosotros mil años multiplicados por mil. Y si salís de los principios de la incredulidad recaeréis en Jesucristo, único maestro posible de todo el que reconozca una autoridad, porque fuera de él no hay nada que se sostenga en un fundamento.

Pero en fin, concedamos que fundeis una doctrina. No os bastará fundarla para destronar á Jesucristo; será necesario que esta doctrina aventaje en perfección á la de Jesucristo. Ahora bien, oid lo que acaba de sucederme. Hace tres meses, leía yo á vuestra intención al hombre de este siglo, que parece ha tenido el honor de escribir contra Jesucristo con mayor audacia, ya que no con mas habilidad, el doctor Strauss. Despues de haber devorado, con el sudor en la frente, cuatro grandes volúmenes de un tedio trascendental, como dicen los alemanes, llegué por fin al último capítulo, titulado *Conclusion*. Aquí, el doctor Strauss, partiendo de la idea de que Jesucristo ha sido derrocado para siempre jamás, se pregunta si se presentará acaso en el teatro vacío de la humanidad algun hombre capaz de igualar y aun de aventajar á Jesucristo. Propuesta la cuestión, se apodera del escritor una especie de justicia tardía y elocuente, y en una página que he leído mas de una vez, la única donde se deja sentir el alma, declara que no es probable que pueda ningun hombre igualar nunca á Jesucristo; pero que lo que sí asegura con absoluta certeza es que ningun hombre le aventajará nunca.

Tal es el fallo de la suerte.

Reasumiendo, señores, he notado en Jesucristo una perpetuidad triple: perpetuidad en la vida, perpetuidad en la irradiación exclusiva de la vida, perpetuidad en la superioridad de la vida. He

observado en él igualmente un progreso triple : progreso en el estado territorial, progreso en el estado numérico, progreso en el estado moral. Jesucristo ha vencido pues el tiempo, ha vencido el grande enemigo, y al verle en lo alto de los siglos, en la serenidad de su imperturbable juventud, me acuerdo de estas palabras que decía S. Pablo en otro sentido : « Cristo resucitado de entre los muertos no muere ya (1). » Un día bajó al sepulcro ; pero la humanidad para quien había muerto se bajó hacia él, y levantándole con un amor que jamás ha podido extinguirse, le tiene en sus dos manos resucitado. Mirad, señores, mirad, mirad bien : está vivo. Mirad aún ; no muere ya ; es joven, es rey, es Dios.

Vivió como Dios, ha sobrevivido como Dios ; mañana os probaré que se preexistió como Dios. De suerte que no faltará nada en este triple acto de la vida, vivir, sobrevivirse, preexistirse, que no se halle en él marcado con el sello de la divinidad, y que no me obligue á proclamar con la soberanía de la certidumbre esta otra sentencia de San Pablo : « Cristo era ayer, es hoy, es el mismo en los siglos de los siglos (2). »

(1) Epistola á los Romanos, cap. 6, vers. 9. — (2) Epistola á los Hebreos, cap. 13, vers. 8.

SERMON CUADRAGÉSIMO PRIMERO.

De la preexistencia de Jesucristo.

Vivir y sobrevivir, no es aún toda la vida ; el tercer acto de la vida, que es el primero en el orden del tiempo, es de preexistir. Todo ser, excepto Dios, preexiste en su germen, y el hombre señaladamente preexiste en sus abuelos. Nadie viene al mundo sin que haya sido preparado su reino de antemano ; y cuanto mas importante es el destino que la Providencia le reserva, mas importante es tambien la accion preparadora de sus antepasados. Jesucristo, como hombre, debía pues preexistir del modo que los hombres preexisten ; y como superior á todos ellos, por su destino, debía preexistir de un modo emiuente, propio de él solo. Por eso observo desde luego, que él solo, entre todos los grandes hombres, posee una genealogía auténtica que asciende de él hasta el padre del género humano, y por consiguiente que es sin la menor duda el primer noble y caballero del mundo. Poco vale esto, es verdad, y por tanto su preexistencia no debía limitarse aquí.

Ya he dicho que los abuelos aguardan relacion con la posteridad. Quien no tenga abuelos no tendrá posteridad, y esto os explica la fragilidad de las doctrinas que veis aparecer y desaparecer incesantemente. Comienzan en el hombre que las profesa, y comenzando en él mueren con él. En cuanto un hombre, sin antecedentes en su palabra, un hombre, el último que viene al mundo, se atreve á llevar á la humanidad doctrinas que él llama nuevas, esta sola palabra es la profecía de su impotencia y el anuncio de su condenacion. Porque si las doctrinas cuyo honor se atribuye tuviesen importancia, le hubieran preexistido inevitablemente, y solo sería, á lo mas, su renovador ; decir que una cosa importante comienza en sí, es tomar la nada por principio, por horizonte y por fin.

Pero si los abuelos son proporeionados á la posteridad, síguese de aquí que Jesucristo debió preexistir en sus antepasados con incomparable grandeza. Y para determinar algo en este punto diremos, que puesto que Jesucristo tuvo por posteridad la obra social y reli-